

Convento Virgen del Carmen, Vigo, España, 26 de enero 2026

Dos viejos conocidos, unidos por el Sacrificio del Profeta Elías (Deir El-Muhraqa), en el Monte Carmelo – un fraile carmelita descalzo español, P. Julio Almansa Calero, OCD, y un laico consagrado del Carmelo Descalzo Secular, italiano, Pietro Braccu, OCDS – se reencuentran una vez más en los senderos del Carmelo, y de ese encuentro brota una reflexión, escrita a cuatro manos, sobre el camino que nos espera en este año jubilar sanjuanista.



EL GRITO DE UNA CARMELITA DESCALZA (Hna. Montserrat de la Cruz, OCD)

«GEMIDO»

Cuando se defiende la causa noble
de sembrar con vidas de hoy
los antiguos lugares de una herencia santa.
Cuando no se renuncia a buscar perlas finas,
aunque brillen menos que el oro y la plata...

Cuando casi nadie dice lo que debe,
cuando poco nace y el desierto cansa.
Esperanza sin voz, anchura del alma,
donde aún vive «Aquello
que es Verdad, Camino y Palabra.

Recuerdo el gemido
que a fray Juan desgarraba el alma:
¿Destruida la Reforma? ¿rota la esperanza?
¿Adónde te escondiste, Amado de mi alma?

Hoy, como ayer, la gente duerme.
¡Si no es para tanto! ¡si no pasa nada!
Esta indiferencia me lacera el alma,
por eso, en silencio, canto a la ESPERANZA.

EL VUELO DE LA ESPERANZA

Jubileo de san Juan de la cruz

«La esperanza alcanza tanto como espera».

Así lo canta San Juan de la Cruz en su poema «Tras un amoroso lance», y éste es el lema que la Orden del Carmelo Scalzo ha escogido para vivir el Año Jubilar sanjuanista: no solo con un ánimo poético u ornamental, sino como *leitmotiv*, como clave de lectura interpretativa de la vida cristiana, Hoy más que nunca.

Porque para Juan de la Cruz no se trata de una esperanza tímida o resignada, ni de una virtud de consolación esperando tiempos mejores. La esperanza, para Juan de la Cruz, es un movimiento, un impulso que se atreve a volar incluso cuando la vista se oscurece, un acto que expone el alma al riesgo de la altura. No nace de la seguridad, sino del deseo; no de la evidencia, sino del amor. Es esperanza que vuela, y precisamente por eso se propone «alcanzar»...

1. El jubileo como tiempo de gracia

El Jubileo Sanjuanista se presenta como un año de gracia, don del Señor, ocasión propicia para ayudarnos a volver a lo esencial. No es un aniversario para conmemorar, sino una llamada a

recibir. La Orden del Carmelo Descalzo nos invita, por tanto, a ponernos a la escucha, a convertirnos en tierra fértil de la viña del Carmelo, ese Kerem-el que, en la Escritura, es espacio de intimidad, de alianza, de fecundidad prometida.

Sin embargo, la realidad de la vida que atravesamos parece a menudo lejana de esta imagen idílica, que en cambio nos aparece como un desierto lleno de aridez. Somos conscientes de que el desierto cansa. Cansa en la vida personal, en las comunidades religiosas, en la Iglesia y en la sociedad. Es un desierto que no solo es falta de recursos, sino sobre todo falta de deseo; no ausencia de palabras, sino exceso de ruido; no pobreza de iniciativas, sino dificultad en creer que todavía vale la pena esperar.

2. El desierto que cansa y... el letargo del alma

Vivimos en un tiempo marcado por muchas crisis, por muchos «gemidos silenciosos». No siempre se traducen en gritos de lamento, muchas veces los acallamos. Una crisis profunda atraviesa nuestra sociedad y también la vida eclesial: una crisis que no es solo moral o institucional, sino espiritual. Es el cansancio de quien sigue caminando, pero sin impulso; de quien custodia una herencia santa, pero se siente desarmado; de quien cree, pero siente el peso de la indiferencia.

Nos percibimos como hijos desarmados de una gran herencia pero nos encontramos vagando en la oscuridad, sin armas y sin rumbo. Sin embargo, precisamente aquí se inserta la provocación de la esperanza cristiana: el Señor no abandona a su pueblo. Sigue suscitando situaciones, palabras, encuentros que nos quieren sacudir del sueño y reabrir en nosotros el deseo de Absoluto.

San Juan de la Cruz conocía bien este cansancio. La atravesó en la noche de la cárcel de Toledo, en la incomprendión, en la sospecha, en el aparente fracaso de la Reforma. Su grito - «¿Destruída la Reforma? ¿Arruinada la esperanza?» - no está lejos de nuestro grito. Es el lamento de quien ama de verdad.

3. El gemido: voz secreta de la esperanza

Sor Montserrat de la Cruz, carmelita descalza de nuestros días, ofrece una palabra sorprendentemente actual a través de su poema «Gemido». En ella encontramos la misma tensión sanjuanista: la fidelidad a una causa noble, el rechazo a renunciar a la búsqueda de perlas finas, aunque brillen menos que el oro y la plata.

Ella sabe leer el «gemido» de San Juan de la Cruz, que no es un lamento estéril. Es la oración que nace de la herida, canto que resiste al silencio, esperanza sin voz que sigue respirando. Cuando casi nadie dice lo que toca, cuando poco nace y el desierto cansa, el «gemido» deja espacio interior para Aquel que es Verdad, Camino y Palabra.

En Juan de la Cruz, el lamento se convierte en poesía y la poesía se convierte en teología vivida. El suyo no es un discurso sobre la esperanza, sino una experiencia atravesada. Se atreve a cantar a la esperanza precisamente cuando todo parece desmentirla.

4. La esperanza como dinamismo activo

«La esperanza alcanza tanto como espera». Esta afirmación trastoca toda concepción pasiva de la esperanza. Esperar, para Juan de la Cruz, significa atreverse a lo imposible, confiar en un amor que pide volar más allá de lo visible.

En su poesía, el vuelo es alto, vertiginoso, a menudo ciego. Cuanto más sube el alma, más se oscurece la vista. Sin embargo, justo cuando falta la vista, el amor da el salto decisivo. Es aquí donde la esperanza muestra su rostro más auténtico: no como cálculo, sino como confianza; no como previsión, sino como abandono.

La esperanza cristiana no elimina la noche, sino que la atraviesa. No borra el desierto, sino que lo convierte en lugar de encuentro. No promete un escape de la realidad, sino una transformación desde dentro.

5. Cristo, esperanza del hombre

El Nuevo Testamento es claro: «Cristo es nuestra esperanza» (cf. 1 Tim 1,11). No una esperanza abstracta, no una idea de futuro mejor, sino una Persona viva. En él, Dios se ha hecho cercano, compartiendo hasta el fondo la condición humana. Si el juicio es confiado al Hijo, entonces tendrá el rostro de Aquel que ha amado hasta el fin.

Por eso el cristiano es, ante todo, un hombre y una mujer de esperanza. No para que todo vaya bien, sino porque nada puede separarlo del amor de Cristo. Ni la prueba, ni la angustia, ni el presente, ni el futuro. Esta es la raíz de la esperanza sanjuanista: un amor que precede, acompaña y espera.

6. Esperanza y amor: una sola medida

San Juan de la Cruz lo afirma con radicalidad: «En la tarde de la vida seremos juzgados sobre el amor». No en las prácticas, no en las obras visibles, sino en la capacidad de haber amado. Aquí la esperanza se muestra en su dimensión más concreta: se convierte en elección diaria, atención al otro, fidelidad en las pequeñas cosas.

El Evangelio de Mateo (cap. 25) no deja lugar a equívocos: la esperanza se juega en el encuentro con quien tiene hambre, sed, está solo, enfermo, encarcelado. Es una esperanza encarnada, que anticipa el cielo en la medida en que construye comunión sobre la tierra.

7. Contra la acedia y la indiferencia

Uno de los grandes enemigos de la esperanza hoy es la acedia, esa tristeza del alma que apaga el deseo y paraliza la acción. Se manifiesta como resignación, como ironía defensiva, como convicción de que «no es tan grave». Es la indiferencia que desgarra el alma, como nos deja entrever la hna. Montserrat de la Cruz.

Contra esta tentación, Juan de la Cruz propone un camino exigente pero liberador: volver a lo esencial, dejar que el amor purifique las expectativas, aceptar no poseer a Dios sino ser poseídos por Él.

8. El vuelo que nace de la humildad

Paradójicamente, el vuelo de la esperanza nace de la humildad. Descendió con tal brío, «tanto tanto, que a la caza dio alcance». En Juan de la Cruz el ascenso pasa siempre por el despojo. Solo quien acepta no contar con sí mismo puede confiar plenamente al amor.

Éste, pensamos, podría ser el mensaje motivador del Jubileo Sanjuanista: no una invitación al heroísmo espiritual, sino a la confianza radical. No al rendimiento, sino a la disponibilidad. No a la seguridad, sino a la fidelidad.

9. Cantar a la esperanza, hoy

Hoy, como ayer, muchos duermen. Pero alguien sigue cantando. En silencio. Es el canto de quien no renuncia a la esperanza, aunque parezca sin voz. Es el canto de quien, en el desierto, guarda una fuente oculta.

El Jubileo de san Juan de la Cruz nos brinda esta tarea: ser testigos de una esperanza que busca volar más alto, no porque ignora la noche, sino porque ha encontrado al Amado.

Y quizás, precisamente ahora, en el tiempo del cansancio y de las crisis, estamos llamados a esto: a un nuevo impulso de amor, no carente de esperanza, capaz de alcanzar lo que espera.